



Asociación de Estudios
Geopolíticos de las Drogas

Boletín internacional de las drogas

Publicación gratuita

Febrero 2001

JAMAICA

Un tráfico en mutación

El flujo de drogas que transita tanto por Jamaica como por el conjunto del Caribe aumentó considerablemente durante los años 1999 y 2000. Según el PNUFID, que observa el fenómeno en su oficina regional de Barbados⁽¹⁾, el aumento del tráfico, tanto por vía marítima como aérea, se debería a la reestructuración de las rutas tradicionales de la droga entre Colombia y Estados Unidos. Los colombianos tratan de controlar cada vez más directamente el transporte de su cocaína.

De 1995 a 1998, los 2/3 de la cocaína colombiana llegada al mercado estadounidense pasó por la frontera mexicana. En efecto, el desmantelamiento, entre 1993 y 1995, de los grandes cárteles –Medellín, Cali, Bogotá, etc.– había obligado a los traficantes colombianos a depender de la ruta mexicana. Las organizaciones colombianas debieron entonces plegarse a las exigencias exorbitantes de los «cárteles» mexicanos, que reclamaban hasta un 50% de la droga colombiana⁽²⁾ que transitaba por México.

La elección a la presidencia de México, en junio 2000, del líder opositor Vicente Fox, del Partido Acción Nacional (PAN), vuelve incierta la suerte de los acuerdos, que remontan a veinte años, entre los cárteles mexicanos y las más altas autoridades del Estado, en aquel entonces controladas por el Partido Revolucionario Institucional (PRI)⁽³⁾.

Desde hace dos o tres años se nota una consolidación de los grupos colombianos, así como una intensificación de sus envíos

a Estados Unidos por el Caribe, ruta marítima tradicional para la marihuana, pero también para la cocaína y la heroína.

Estos circuitos, más económicos, más seguros, permiten al flujo de drogas con destino a Estados Unidos confluir con aquel destinado a Europa. Ciertas islas, como Jamaica, sirven de depósito antes de que, en función de los «pedidos», se envíe la mercadería a uno u otro de estos dos grandes mercados. Cuando se trata de Estados Unidos, la etapa siguiente son las Bahamas.

De la marihuana a la cocaína

El cannabis (*ganja*) fue introducido en Jamaica en 1838 por los inmigrantes provenientes del este de la India, venidos a trabajar en las plantaciones luego de la liberación de los esclavos. Los descendientes de estos últimos sólo fueron conquistados por esta droga

más tarde, con el retorno masivo de los jamaicanos radicados en Estados Unidos como consecuencia de la crisis de 1929. Su consumo pasó a ocupar rápidamente un lugar en la cultura local, en particular a través de la religión de los rastafari, una fe milenarista y sincrética, que combina catolicismo, judaísmo de los falachas etíopes y creencias de origen africano. Varios pasajes de la Biblia son invocados para justificar el uso del ganja, planta sagrada, que los rastafari fuman, comen y beben como decocción.

Hasta 1960, la producción de cannabis, cultivado en pequeñas parcelas, estaba destinada sobre todo al consumo individual. Pero con la llegada de los hippies de Estados Unidos, la producción de cannabis tomó una dimensión comercial, en particular en las regiones aisladas de la isla. Los campesinos se pusieron cada vez más audaces. Si en un primer tiempo resistían a los operativos policiales con armas improvisadas, no tardaron en procurarse revólveres y fusiles, obtenidos a cambio de marihuana. Es en esta misma época que el crimen organizado jamaicano penetra las aduanas y los servicios de inmigración de Jamaica y Estados Unidos.

La violencia de las bandas (Skull, Viking, Dirty Dozen, etc.) ha tenido un impacto en todos los niveles de la sociedad. Los dos principales partidos, el Partido Laborista Jamaicano (JLP), de derecha liberal, y el Partido Nacional del Pueblo (PNP), de izquierda, han creado sus propias milicias, formadas por jóvenes sin empleo, las que se enfrentan en particular durante las campañas electorales.

En 1985 las exportaciones de marihuana, incluidas más de 2.000 toneladas despachadas a

Estados Unidos, produjeron entre uno y dos mil millones de dólares, es decir más que los principales productos de exportación (bauxita y azúcar) o el turismo.

A comienzos de los años ochenta los traficantes colombianos se encontrarán entonces en Jamaica con redes locales rodadas desde largo tiempo en el tráfico de marihuana destinada al mercado estadounidense. Los jamaicanos se adaptarán rápidamente a las particularidades del tráfico de cocaína. Los traficantes colombianos utilizan Jamaica como plataforma para el tránsito de cocaína, al mismo tiempo que la mafia jamaicana refuerza su presencia en Estados Unidos, en particular a través del comercio de crack. En efecto, esta forma de cocaína fue «inventada» en aquella época en el Caribe, en particular en Turks y Caicos y en las Bahamas⁽⁴⁾.

Mientras que la izquierda jamaicana del PNP se mantenía ligada al antiguo sector de los traficantes de marihuana, los del JLP se acercaban al sector «modernista» de los traficantes de cocaína. Esta misma línea divisoria existe entre las bandas. Los rastafari, que en los años setenta controlaban a la vez el mercado de los derivados del cannabis en Jamaica y parte del mercado de Nueva York, se han negado, por lo general, a implicarse en el comercio de cocaína. Éste pasó bajo control de bandas sin ideología y sumamente violentas, los posses (grupos), por lo general llamados igualmente *shower posses* («grupos regadores») por su inclinación al uso de armas automáticas. Son ellos quienes distribuyen la droga a partir de Nueva York y Miami, y que administran centros secundarios de almacenamiento en ciudades del Connecticut tales

como Hartford, New Haven y Bridgeport. La mayoría de las bandas de posses están vinculadas ya sea al PNP (que finalmente las acepta para financiarse y para servirse como servicio de orden) o bien al JLP.

Aumento del tráfico y mayor autonomía de los colombianos

Los colombianos comenzaron entonces por utilizar a Jamaica como primera etapa de tránsito hacia Estados Unidos y Europa, para lo cual se apoyaron en las bandas jamaicanas especializadas en el tráfico de marihuana. Como la mayor parte de la cocaína colombiana destinada a Estados Unidos pasaba enseguida por las Bahamas, era necesario contar con redes bien organizadas y buenos contactos alrededor del país, lo que las bandas jamaicanas estaban en condiciones de ofrecer.

Esta situación perduró hasta la segunda mitad de los años noventa, pero desde hace algunos años ha habido una evolución del fenómeno: los traficantes colombianos tienden a prescindir de la criminalidad organizada jamaicana, y al reclutar directamente sus intermediarios jamaicanos y bahameses, toman ahora el control del transporte de la cocaína. Esta voluntad de autonomía de los traficantes colombianos los ha llevado a privilegiar cada vez más la vía aérea, pues este tráfico exige menos contactos locales que el tráfico por vía marítima. La mercadería pasa de Jamaica a las Bahamas en lanchas a motor o en avionetas que lanzan la droga frente a las costas.

Cuando el destino final es Europa, los cargamentos importantes son por lo general enviados por barco mercante y

recepcionados en los puertos de España, Portugal u Holanda, por traficantes colombianos. Pequeñas cantidades de cocaína son transportadas igualmente por «hormigas» que toman los vuelos regulares hacia Canadá, las islas del este del Caribe y Europa.

La incautaciones de cocaína tanto en tierra como en las aguas territoriales del país reflejan la importancia cada vez mayor de esta ruta jamaicana. En 1994, 124 kilos; 570 kilos en 1995; 253 en 1996; 414 en 1997. En 1998 se llegaba a una tonelada, 4,6 toneladas en 1999 y 1,6 tonelada en 2000.

Las bandas jamaicanas han perdido partes del mercado de tránsito al por mayor, y pareciera que ahora se repliegan en un tráfico de «mula». Esta especialización ha sido suscitada igualmente por el hecho de que un 16% de la población no tiene trabajo. Los vuelos procedentes de Jamaica son objeto de una particular atención por parte del personal de aduanas estadounidense: el 64% de las personas detenidas por tráfico de cocaína en los aeropuertos de Estados Unidos entre octubre de 1998 y septiembre de 1999, venían de Jamaica, incluso si todas no eran jamaicanas. Las fuerzas del

orden canadienses consideran que un 15% de la cocaína destinada al mercado local llega a bordo de vuelos de pasajeros procedentes del Caribe, de los cuales gran parte viene de Jamaica.

1• Ver UNDCP «Drug in the Caribbean». 1999/2000 trends (preliminary version). UNDCP Caribbean, mimeo, 2000.

2• Al respecto ver un libro publicado a fines del 2000, Jean-François Boyer, *La guerre perdue contre la drogue*, Paris, La Découverte.

3• Sobre dichos vínculos entre los cárteles y los partidos políticos mexicanos, ver OGD, «Géopolitique mondiale des drogues: 1998-1999», y Jean-François Boyer, op. cit., pp. 102-105.

4• Ver «Le crack ou les lois du marché», in: OGD, *Atlas mondial des drogues*, Paris: PUF, 1996, pp. 201-205.

TURQUÍA

La «maffya» diversifica sus actividades

Unal Uysal, jefe de la Sección Central Antinarcóticos, no andaba con rodeos cuando, ya en 1999, declaraba a un corresponsal del OGD⁽¹⁾: «Las redes de drogas y de migración clandestina son la misma cosa». Para ser más precisos, la *maffya* turca, estrechamente ligada a la economía de la heroína, no está dispuesta a «abandonar la maná del mercado de esclavos a aficionados». Desde 1999 el fenómeno se ha amplificado, la economía de la heroína pasa por una crisis que lleva a las redes mafiosas a diversificar sus actividades ilícitas en varios ámbitos. La mafia turca dispone de las redes, contactos y medios de transporte, sólo el producto cambia.

Se reduce el mercado turco de la heroína

Las razones de la crisis de la heroína son múltiples y complejas: las políticas de sustitución implementadas en Europa tienen un efecto cada vez mayor en la reducción del consumo de dicha droga. Las organizaciones turcas conservan los mercados –es cierto que resistentes– de Inglaterra y Portugal solamente, sin olvidar ciertos países escandinavos. Europa central, por su parte, será abastecida cada vez más por las redes de la CEI (en particular Tadjik y Azerí), que producen ahora la *brown sugar* a partir de materia prima afgana. Esta heroína está reemplazando en todas partes la

heroína artesanal –*compota* o *shirka*–, que era hasta la fecha la más común. Incluso la ruta de los Balcanes, habitualmente «propiedad privada» de los mafiosos turcos, es disputada por las redes kosovares.

Todo ello ha llevado este año a una caída sin precedentes de las cantidades de heroína comercializada por las organizaciones mafiosas turcas. Este fenómeno se acentuará en 2001, dado una producción afgana de opio que será particularmente reducida. En efecto, las mafias de Asia central, que acumulan desde hace tres años reservas considerables, como resultado de las cosechas récords de opio en Afganistán

estos dos últimos años, llegaron a un acuerdo con los talibanes para financiarlos a cambio de una suspensión de los cultivos durante los dos o tres años a venir. Esta situación implica un cambio de estrategia por parte de las *maffyas*. La diversificación de las actividades ilícitas, que hasta entonces era una simple práctica comercial, se convierte ahora en una prioridad.

Mafia y política

En Turquía, las actividades formales están fuertemente imbricadas con las actividades ilegales. Estas últimas han generado una acumulación de capital sin precedentes. Varios miles de millones de dólares buscan donde ser invertidos. Estas inversiones deben ser rentables, pero sobre todo deben permitir una exportación del «sistema turco», siempre exponencial.

Por otra parte, esta imbricación no tiene solamente objetivos económicos, ella cultiva y perpetúa las relaciones existentes entre el hampa, el mundo político y la sociedad en su conjunto. Ella permite sobre todo el financiamiento de los partidos que se ponen cada vez más exigentes cuando se trata de ofrecer su protección.

Así, lo que está en juego a nivel económico lo está antes que nada a nivel político. La pérdida o la necrosis de un mercado puede poner en peligro al conjunto del edificio. En este sentido, la normalización e integración de la economía son combatidas por los elementos más nacionalistas de la sociedad turca. Las fuerzas políticas que se niegan a cualquier arreglo pacífico del conflicto kurdo son las primeras en encubrir las redes mafiosas traficantes que exportan los emigrantes ile-

gales de Anatolia... Y son las mismas que financiaban en los años noventa las «actividades» anti PKK con el dinero de la heroína.

Necdet Ahmet Sezer, presidente de la República Turca y ex magistrado a cargo de la instrucción del «escándalo Sussurlu»⁽²⁾, se propuso poner a descubierto esta alianza estructural, que frena la modernización del Estado. En una reunión del Consejo de Seguridad, Necdet Ahmet Sezer acusó al gobierno de no hacer lo suficiente en la lucha contra la corrupción, cuando el país se apresta a privatizar su sistema bancario. Esta simple observación desató las hostilidades. El gobierno reaccionó violentamente, provocando una nueva crisis política. Pero ello no es lo más importante: la noche siguiente de las palabras presidenciales, 5.000 millones de dólares salieron de Turquía. Esta suma corresponde a la mitad de la que Ankara negocia desde hace años con el FMI para, precisamente, «modernizar el sistema bancario».

Diversificar incluso el tráfico de personas

Desde el «escándalo Sussurlu», la inestabilidad gubernamental y las medidas tomadas por el ejército han fragilizado las relaciones entre partidos políticos y clanes mafiosos. Varios jefes históricos de la *maffya* están presos⁽³⁾, o han muerto, a menudo en ejecuciones que la policía trata de hacer aparecer como ajustes de cuentas. Cada partido aprovecha la situación para hacer la limpieza entre los mafiosos de los partidos rivales. Sin embargo, todo esto no ha llevado a la erradicación de las estructuras mafiosas, por el contrario: como estas no pueden permitirse funcionar en

balde, estando obligadas a dar ganancias o desaparecer, siguen desarrollándose, exportándose y diversificándose (emigrantes ilegales, imitaciones fraudulentas, cigarrillos). En este sentido, el ejemplo de los casinos, cerrados a fines de los noventa en Turquía, es significativo. Ya antes de su prohibición definitiva, los casinos habían sido «exportados» en masa al Caribe, América Latina y África. Los casinos turcos son ahora los más dinámicos, imponiéndose incluso a los italianos, que estaban sin embargo bien implantados (San Martín, Dar Es-Salaam, etc.).

La maná de los emigrantes ilegales, hasta entonces complementaria de la droga, da a las redes turcas una bocanada de aire salvadora, inscribiéndose en esta estrategia de «diversificación» ahora definitivamente adoptada.

Hay, desde luego, redes de emigración ilegal autónomas, pero las mejor organizadas, con antenas en Europa y otras partes, con los medios indispensables para facilitar la absorción de los emigrantes ilegales en los países de destino, son efectivamente las redes mafiosas infiltradas desde hace décadas en las diásporas turca y kurda.

1• Ver Informe anual del OGD, capítulo Turquía.

2• En un accidente de la circulación cerca de la localidad de este nombre, resultaron muertos Abdullah Catli, ex activista del grupo nacionalista de los Lobos Grises, y Huseyin Kocadag, ex jefe adjunto de la policía de Estambul (ver Informe OGD 1995/1996).

3• Ver Informe anual del OGD, capítulo Turquía.